

RESEÑAS

BOUREAU, Alain *Théologie, science et censure au XIII siècle. Le cas de Jean Peckham*, Les Belles Lettres, Paris 1999, 376 pp.

El pequeño acontecimiento del que parte este libro es la censura en 1286, por parte de Jean Peckham, arzobispo de Canterbury, de un conjunto de tesis de un profesor de Oxford. Tesis referidas al cuerpo de los muertos, a su naturaleza, fundamentalmente al hecho de si el cuerpo de Cristo es el mismo antes y después de su crucifixión y muerte. Este hecho le sirve a Alain Boureau para tratar un conjunto de temas, heterogéneos entre sí, pero que debieran adquirir homogeneidad a la luz del relato del acontecimiento. En éste, se entrecruzarían una serie de problemas, o mejor, Boureau hace que se entrecrucen en él. El primer tema es el de la censura: cómo funcionaba la relación entre las autoridades religiosas, encargadas del control, y las universitarias; cuál era el procedimiento por el que se prohibía la enseñanza de unas determinadas tesis. El análisis de la censura en este tiempo le sirve a Boureau, como él mismo afirma, para analizar un signo más del momento de transición que estaba teniendo lugar a finales del siglo XIII. La segunda línea temática aborda la construcción de la biografía de Jean Peckham, teólogo franciscano de gran prestigio que tras enseñar en Oxford, París y Roma es nombrado arzobispo de Canterbury. Esta historia debería servir para acercarse al ejemplo de un individuo que vive en varios mundos a la vez, el universitario, el de la gestión eclesiástica con sus ramificaciones políticas y sociales, etc. El tercer tema, y en realidad el núcleo de la obra, es —en palabras de Boureau— “Hacer aparecer, en este pequeño acontecimiento, las tensiones y contradicciones del universo escolástico y sus actores.” (p. 4). La forma en que se desarrollaban las disputas, qué intereses de ‘escuela’ había detrás (el averroísmo, el tomismo, el neoagustinismo ...), las luchas por el control de la enseñanza universitaria entre franciscanos y dominicos ... Por último se tocaría la historia de las ciencias (las tesis que Peckham censura versan sobre el cuerpo en su aspecto fisiológico) en un momento en el que empieza la formalización de los fenómenos naturales en el ámbito del estudio de la naturaleza. Estos tres grandes temas, el cuarto es menor, se proyectan sobre el trasfondo de una cuestión que Boureau afirma que le ha perseguido desde los tiempos en que trabajaba con Le Goff: «¿Cómo enlazar las ‘mentalidades’ comunes, la imaginación colectiva, con los saberes especulativos singulares? ¿Cómo pasar de un mundo a otro?» (p.5) Al final del libro se verá que la apuesta de Boureau es lo que llama la historia social de los conceptos.

No se va a realizar aquí un análisis de las diversas líneas temáticas que se han esbozado, sólo se subrayarán algunos puntos que puede ser interesante tenerlos en cuenta a la hora de afrontar la lectura del libro. Por lo que respecta al contenido, el hecho de que la obra parta de un material caracterizado por su gran diversidad permite a Boureau focalizar el trabajo sobre los actores. En lugar de remitirse a una historia hecha desde una única perspectiva que explica o analiza el tema de que se ocupa a partir de un único factor y que por ello no deja espacio a las interacciones de los actores, que tienen lugar siempre en el entrecruce de los diversos ‘mundos’ que habitan, Boureau logra que por lo menos se pueda circunscribir un espacio para las mismas. No hay dos actores sustancializados, la

Iglesia que condena y la Universidad que se ve censurada, los actores son múltiples. Esta multiplicidad sólo es desentrañable a través del cuidado que muestra Boureau en seguir los diversos hilos que se cruzan en y a partir de los actores, no olvida que "la institución se construye y deconstruye con ellos." (p.336)

Desde una perspectiva más estrictamente metodológica, es preciso subrayar la capacidad de Boureau para manejarse con las fuentes, su erudición, sobre todo en lo referido a las cuestiones escolásticas, y lo aventurado de algunas hipótesis en la interpretación, apoyadas precisamente en la erudición, que muestran una valentía muy necesaria en estos casos si no se quiere que el trabajo quede reducido a una mera yuxtaposición de documentos. El uso inteligente del material, apoyado en unos esquemas interpretativos previos, es uno de los logros más destacables del libro. Este, por ser un trabajo 'modesto', por lo pequeño del acontecimiento del que se ocupa, nos permite ver, en un primer nivel, cómo se generan las fuentes en el pasado, cómo aparece lo que luego el historiador manejará como hechos, y en un segundo nivel, ser conscientes del trabajo de orfebrería que muchas veces tiene que realizar el historiador, sobre todo el medievalista. Boureau muestra una gran pericia para jugar con las temporalidades y con los ritmos de la historia que está escribiendo, lo que le permite multiplicar las perspectivas y con ello los planos de lectura. Con este libro, Alain Boureau ha pretendido realizar, como él mismo subraya en las últimas páginas, un historia intelectual pero no a la manera tradicional. En este sentido, afirma que lo esencial estriba en tratar "de forma experimental y a veces azarosa las rupturas de la continuidad, los cambios de escala, de lugar, poniendo entre paréntesis las continuidades aseguradas, muchas veces engañosas." (p.341). La pregunta que se plantea inmediatamente es si el autor logra un trabajo consistente, y debe ser contestada con un 'no' matizado.

Si bien el esquema que le sirve como punto de partida está bien estructurado, si el objetivo parece interesante y alcanzable y si su erudición no se puede poner en duda, al trabajo le falta elaboración: los planos no están suficientemente integrados, y esta sería la apuesta mayor de un trabajo como éste, la integración de materiales que se muestran como heterogéneos pero que recortan la 'verdadera' experiencia de la historia. Tampoco se trata de que Boureau haya realizado una simple yuxtaposición de temáticas por incapacidad a la hora de formalizar el material con el que trabajó. Pero al terminar de leer este libro, se tiene la impresión de que el hilo que debiera unificar la historia no se ha logrado materializar de forma expresa; es demasiado endeble, lo que no quiere decir que no se intuya el objetivo al que apunta Boureau, pero esto no es suficiente cuando la tarea anunciada, como se ha dicho, era la de lograr dar forma a unos materiales en principio heterogéneos.

En todo caso, ya va siendo hora de aceptar el hecho de que la mayoría de los trabajos de historia, como los de otras disciplinas, no son tanto obras logradas como proyectos que casi siempre resultan incompletos. Quiero decir con esto que si bien hay que lamentar que Boureau no haya podido estructurar adecuadamente su libro, integrando sus diversos planos las sugerencias son múltiples, de todos modos resulta productivo, plantea nuevos problemas, lo que —convengamos— no se puede decir de muchos libros.

RESEÑAS

Por último, a modo casi de posdata, la insistencia de Boureau en calificar su historia como historia de las mentalidades (aunque es muy significativo el entrecorillado de la cita transcrita al inicio de esta reseña) resulta más que problemática, por dos razones: primera, porque ya no es necesario. Resulta incluso anacrónico, remite a una coyuntura muy determinada, tanto si se cree que el 'concepto' de 'mentalidad' es algo ya adquirido para la disciplina, como si se piensa que no es tal 'concepto', sino una palabra vacía. Y en segundo lugar, y más importante, su historia va más allá, cuando se concreta, de lo que se califica normalmente como historia de las mentalidades (incluso más allá de esa historia de las mentalidades restringida que él defiende en su artículo recogido en *Les Formes de l'expérience*, tan notable por otra parte), responde a una problemática y a unos intereses mucho más ricos. Otra cosa es si quiere recordar que su trabajo se inserta en una 'tradicción', tradición a la cual, de todos modos, él mismo violenta.

CARLOS OTERO
prohistoria